

EDITORIAL

La rohatsu sesshin acaba de terminar. La Morejona está hoy por la mañana envuelta en una bruma comatosa que descubre, poco a poco, los campos de alrededor; sus contornos, ahora desvaídos, no se dejan percibir por la mirada. El recuerdo de esta sesshin silenciosa está aún presente en el cuerpo.

Nos acercamos al final del año, momento en el que todos nos reunimos con nuestra familia. El paso de una año a otro puede ser también la ocasión de mirar la propia vida, el paso del tiempo, momento de observar la propia práctica, lo que hacemos de ella y, también, hacia dónde nos conduce. Nada ha de escapar al tamiz de la interrogación, de la duda, ni siquiera las palabras de Buda; incluso los suelos más firmes deben ponerse a prueba. Muy a menudo me cuentan que en muchos dojos, con el paso de los años, hay personas que solo vienen al dojo cuando tienen una responsabilidad, lo que era impensable en otros tiempos y que plantea de nuevo la cuestión de saber qué es lo que nos anima por la mañana al ir al dojo.

Durante esta sesión he evocado el famoso mundo del Maestro Dôgen con el anciano tenzo que estaba secando setas. A la pregunta de Dôgen: «¿Por qué no deja usted esta tarea para los más jóvenes?» El anciano tenzo contesta: «Si yo no lo hago ¿quién lo hará?» Y, ante la insistencia de Dôgen, añade: «Querido amigo llegado del extranjero, aún no has comprendido lo que significa la práctica de la Vía y no sabes aún lo que quieren decir las palabras ni las letras.»

A todos nos impresiona este diálogo. Ante el joven Dôgen, que ya es un gran erudito, se abre un mundo insospechado que será preludio de su encuentro con el Maestro Nyojo. En Occidente, después de la paulatina introducción del zen a través de las traducciones de textos, de poemas, a través de los jardines, del arte floral y de las artes marciales, este mundo es también novedoso para nosotros e introduce el sentido de la práctica tal y como la descubriremos.



Ahora, pasado el efecto sorpresa y tras muchos años ¿qué queda de ese mundo? Por lo general veo a la gente maravillada ante la belleza de los poemas de Ryokan o de Basho. Pero ¿de qué habla Ryokan? Siempre oigo que la gente se extasía ante los textos de este ilustre monje, sin por ello comprender de qué habla. El propósito de Ryokan nunca fue hacer poesía, sino hablar del Dharma y, si sus palabras forman tan bellas composiciones, se debe a la gran sencillez de su práctica.

Quiero evocar uno de sus primeros poemas:

¿Quién dice que mis poemas son poemas?

Mis poemas no son poemas.

*Si comprendéis que mis poemas no son poemas,
entonces podremos hablar de poesía.*

Ésta es la clave que permite descifrar toda la obra de Ryokan y que resuena como un eco de la respuesta del anciano cocinero al joven Dôgen: no sabes aún lo que quieren decir las palabras ni las letras. Este primer poema debería ser prelude para todos los que vendrán después y, de esta manera, no crear ilusiones sobre este gran monje. La melancolía que a veces mana de los textos de Ryokan manifiesta el desencanto que vive ante la degeneración de la práctica de los religiosos de su tiempo. Pero ese deterioro, si podemos observarlo a través de la historia, ante todo hemos de estudiarlo en nosotros mismos, en nuestra propia historia y mantener siempre presente en nuestro espíritu, al mismo tiempo el sueño y nuestra realidad, la utopía y la desilusión. En cada momento ambos deben iluminarse recíprocamente.

El Maestro Deshimaru nos decía a menudo que el paso de un año al otro es la ocasión para saldar las deudas, los conflictos, pero hemos de comprender que es algo que se hace de sí mismo a sí mismo.

Os deseo a todos felices fiestas y feliz año nuevo. Con toda mi amistad.

Raphaël Doko Triet

DESCUBRIR SEIKYUJI

EL SABOR DE LAS OLIVAS Y EL PERFUME DE LA HIERBABUENA

La experiencia de Seikyuji conlleva multitud de elementos que no tienen nada de ordinario.

Por ejemplo, el verde deslavado de los olivos, cuya retorcida silueta se recorta en el azul de una tarde que demora su llegada; o el sol que dibuja agudos ánlos en el albero del patio y calienta los zafus en el murete de piedra delante del dojo; el blanco deslumbrante de los gumuros sobre el que destaca el oscuro metal de las campanas y de los gongs, o también las herrumbrosas rejas del edificio en ruinas que todo el mundo fotografía antes de marchar. Sekyuji es el canto de la cigarra que mece las siestas y acompaña incluso el último zazen; es la melodía cadenciada de los kusenes en español; un ¡vale! expresivo que brota de la cocina y, cierta noche de fiesta en Morón, los acentos del flamenco que vienen a nuestro encuentro en los dormitorios hasta el alba.



Es el sabor de las olivas de Seikyuji, el olor del espliego que rozamos al pasar con la punta de los dedos, el de la hierbabuena que perfuma la limonada.

Seikyuji es un conjunto de lugares propicios para el encuentro con uno mismo y con los demás: el banco bajo los dos olivos, la tiendecita y, frente a ella, el taller de costura bajo cuya ventana se inclina una cabeza sobre un rakusu o un kesa; el agua del torrente donde nos encontramos ante una cervicita helada, que no lo estará por mucho tiempo.

La experiencia de Seikyuji es también la del encuentro con una sangha culturalmente diversa que, cuando faltan las palabras, comunica con sonrisas, con miradas o compartiendo el dulce placer de una galleta de dátiles, paradójicamente llegado de las tierras del norte. Más allá de las palabras es esa silueta adormilada que cruzamos al alba y en la que notamos el cansancio a través de su cuerpo.

Seikyuji también es un impulso vital fuerte y tangible, compuesto de voluntad, determinación y esfuerzos sostenidos que hacen que este lugar pueda existir y desarrollarse.

Pero no habría que creer que la experiencia de Seikyuji está solo hecha de cosas nimias, también tiene la forma de grandes momentos solemnes llenos de profunda emoción. En el dojo, cuando se oyen los kusen, cuando resuenan los sutras de las ceremonias o de las ordenaciones se tiene la furtiva sensación de ver los nombres de todos aquellos que han acudido allá para “danzar eternamente por los campos de olivos”.

Si tuviera alas de ángel, me volvería a Seikyuji.

*Yveline Montiglio
Dojo de Montréal*